

dejar de ser por ello americano. No se quisiera uno entrometer en estas cosas en que el ideal y el pensamiento toman la vía pública, porque los intereses del ideal y del pensamiento se defienden por sí solos. Pero los hombres que se salen de sus dominios no comprenden la necesidad de ellos. Que la aberración del ignorante y del bárbaro es negar.

Hay cosas que no se deberían discutir; tales como estas de si la segunda enseñanza debe ser o no ser sostenida por el Estado. Todo criterio sensato se inclina por la afirmativa. Porque la primera obligación de todos los gobiernos es la de sostener sus instituciones; más todavía, la de crear siempre nuevas instituciones. Los principios afirmativos de un estado están en el número de altas instituciones que cuente. Y el mantenimiento, el crecimiento de la cultura de un país deben ser la base estable de la vida de un gobierno. No en el sentido de que hay que enseñar a leer y a escribir a todos los ciudadanos: procedimiento de peligro y de demagogia. Sino de que hay que crear el valor de una cultura, de un humanismo democrático en cada hombre: que crear en los planos del espíritu lo que se ha llamado en los planos de la política la opinión pública, el secreto del civismo. No la anarquía de la incomprensión de lo que se tiene entre manos: sí el orden, la conciencia, la responsabilidad. En una palabra, hacer de cada hombre una institución, un estado de conciencia; y para ello es error desarrollar exclusivamente facultades, vocaciones: que en cada ser humano, fuera del oficinista y del profesional, exista la institución de un deber, de una fuente de cultura. *La réalité des jeux est dans l'homme seul*, decía Paul Valery. Lo demás son sombras, sombras amables, si se quiere. Y las instituciones sólo se combaten con instituciones: sólo la historia, diría don Miguel de Unamuno, tiene el derecho de crear la historia.

¿Y por qué combatir el mal haciéndolo más grave? Es muy simple la fatalidad de la vida. Los países que se anulan como instituciones crean su propia barbarie. Don Justo nos recuerda esta frase del ilustre inglés lord Curson, que tiene todo el patético prestigio de una verdad: «La solidaridad mundial de los intelectuales es mucho más duradera y más provechosa para los hombres que los acuerdos internacionales celebrados entre políticos». Y recuérdese que lord Curson ha sido de los grandes defensores de la Liga de las Naciones. En el fondo, los hombres como los pueblos se debaten dentro de este dilema humano: ignorancia o cultura, en el que se define la grandeza o la pequeñez de cada cual. No hay que economizar ningún esfuerzo espiritual ni material en bien de la cultura. Y quien los borra del carnet de sus preocupaciones diarias está en el más grave de los errores: no es resolver una ecuación, borrarla, sino encontrarle el significado a cada una de sus incógnitas... Un Estado que allana sus dificultades suprimiéndolas es un embrión de Estado, no una realidad. ¿Se cree aún en el secreto del ahorro como fuente de riqueza? Me conformo más bien dentro de la audacia, dentro de la gran empresa: eso, hay que emprender, hay que forzar a la vida, hay que crear responsabilidades. Y sobre todo, hay que saber hacer uso de lo que se tiene. Ya lo dijeron los economistas en su ley de la oferta y la demanda. Por lo demás, ¿qué otro gran problema, fuera de la educación y de la cultura tienen nuestros gobiernos? Y no porque no seamos una nación seria y definida, sino porque la fatalidad histórica y geográfica nos hace no tener grandes problemas y porque vamos siendo un pueblo en formación. Costa Rica ha sido, dentro de una tradición justa y serena, un pueblo que ha sacado todos sus prestigios de su cultura: se nos ha respetado por ella. Así es grande la sorpresa de quien sospeche siquiera que ha habido una intentona de discusión con el fin de aminorar esa cultura

de la que somos acreedores a un prestigio americano.

Bien sabemos que son los hombres prácticos los que alardean de cierto orgullo y los que luchan por hacer de la enseñanza un semillero de bárbaros. Para ellos están los intereses de lo que podría llamarse lo visual antes que las excelsitudes del espíritu. Sin embargo ellos viven de las últimas. No comprenden el sentido de lo puro, anegada como tienen la inteligencia en los rebuscamientos de lo absurdo y de lo inútil. Y los que preconizan el practicismo nunca han logrado perfeccionar la más perfecta de las máquinas, el hombre, para hacerlo salir de su estado casi constante de *cosa*. Y no importa qué etiqueta le hayamos puesto a cada hombre—ministro, soldado, hombre de letras, médico, artista—; siempre se ha querido ver en ellos, con el criterio de la *practicidad*, a cosas, a fenómenos incoherentes que no se trata de revelar a sí mismos... La sabiduría espanta a los que desconocen la sensibilidad de ella, a los que no sienten las alas de la lechuza griega. *¡Sofía!* Santa admirable a quien los bárbaros, los que invaden la sagrada cripta de los misterios, de las intimidades, tratan en vano de cubrir con un insolente mecanismo de fuerzas mecánicas. A tal negación aspiran los que se empeñan en desconocer que el secreto de las realidades está en buscar un estado de adaptación del espíritu con el mundo. Tengo el horror de los hombres prácticos porque ellos han confundido el practicismo, la actividad desinteresada de la inteligencia, con las más bajas ambiciones de la carne y del egoísmo. Y creo fuertemente en la acción salvadora del trabajo, de la comunidad santa del trabajo, en la unión de la gracia mental y de la rudeza admirable del mandil. Que los brazos se endurezcan bajo el claror del sol: que las voces de la aspiración humana ensordezcan a los hombres: que el oro no sea la ficción del avaro: que la sangre hierva en el entrocamiento de los más altos principios de rudeza y de crueldad por conquistar el mundo: que todo sea una aspiración por dominar lo que se oculta detrás de cada quietud, de cada incertidumbre. Pero que el espíritu vele, que la inteligencia no duerma en una conformidad llena de satisfacciones. Error, error: lo que no tiene un principio espiritual es copa que se vuelca sobre el vacío de una inutilidad. Salvemos el mundo de las apariencias, pero no olvidemos que somos hombres categóricos, de carne y hueso, con un pasado y un presente y un porvenir. Midamos nuestra línea efímera de vida con el látigo de una voluntad férrea, retorzámonos en un voluptuoso dominio de nuestras bajezas, con todos los encantos del pecado: no olvidemos, sin embargo, que nuestra misión es destronar a Dios. Tarea temible, pero fatal...

Seremos unos insensatos: pero en este siglo en que se vive tan de prisa; en que los acordes de la vida son de una rapidez que asombra, lo más cuerdo es no llegar a ser un hombre, por lo menos en el sentido en que lo entienden quienes hacen el continuo elogio de él. Porque los hombres prácticos son los más dafinos: enemigos de la cultura, de todas las excelencias del buen pensar y del buen sentir. Buscan por todas partes el oro del judío, se amparan en viejas fórmulas ajenas a toda tradición, odian la inteligencia por pereza—última etapa de los infusorios mentales—, rehuyen las nuevas formas de la sociedad, la opresión es su solo medio de dominio de hombres—no importa en qué sentido deban ejercerla: en fin, se vitalizan en aquellos principios «estáticos» de que nos hablaba Karl Marx. En una palabra, constituyen *las derechas* del progreso, más alarmantes que *las derechas* de los Parlamentos. Pero allí están los que sueñan, los que accionan, los que piensan, los que sienten; allí están los que van llenando el vacío del tiempo con los ensueños de la más pura idealidad, de la más sensible idealidad; allí están los que van dándole espíritu a los triunfos